

de que el fenomenalismo es una teoría muerta. En todo caso, puede con toda seguridad afirmarse que "Austin has not dispensed of the sense-datum theory" (p. 148), lo cual no deja de constituir un importante resultado.

El último artículo que deseo presentar se titula "On Making Philosophy Intelligible". En él, Ayer hace una caracterización general de la filosofía. Es un artículo interesante, ya que contiene las reflexiones de un filósofo profesional de primer orden, ubicado desde hace ya casi medio siglo en el centro de las más importantes controversias filosóficas. El excelente estilo literario se complementa con el buen humor. Por ejemplo, Ayer critica la concepción de la filosofía y la imagen del filósofo engendradas por los estoicos y argumenta que no hay ninguna razón en virtud de la cual se prive a los filósofos del derecho a ser irritables o a estar nerviosos. Encontramos asimismo una instructiva comparación entre el tipo de investigación que se desarrolla en la ciencia y en la investigación filosófica y el autor muestra cómo la filosofía de la ciencia, en el sentido de una "critical interpretation of scientific ideas and theories" (p. 5), es posible e importante. Se nos ofrece una descripción general de lo que es la filosofía moral contemporánea. "It concerns itself less with the question what our duties are and more with the question what our talk about our duties means" (p. 7). En filosofía moral, como en todas las investigaciones filosóficas, lo que se intenta efectuar son análisis conceptuales. Los filósofos no se ocupan de hechos, sino de aparatos y estructuras conceptuales gracias a los cuales entramos en contacto con ellos. La filosofía no se ocupa de la realidad, sino de nuestros "criterios de realidad". El punto que, a través de ejemplos, Ayer desea establecer es que

las doctrinas y sistemas filosóficos no son teorías, sino más bien propuestas para "ver" el mundo de determinada manera y que, a partir de cierto momento, "Which picture we prefer will depend upon our interests and purposes" (p. 13). El autor termina enumerando y describiendo las más importantes características y ventajas del enfoque lingüístico de los problemas filosóficos.

Como casi todo lo que Ayer escribe, este libro no es sólo interesante e importante, sino también útil y ameno. Hay que advertir que las discusiones y los planteamientos son efectuados en concordancia con una línea de pensamiento y desde una perspectiva adoptadas en la mejor época del positivismo lógico, lo cual muestra que éste se ha desarrollado de tal manera que puede seguir siendo considerado como una filosofía viva. Por otra parte, se siente con fuerza la ecuanimidad con que el autor presenta y discute puntos de vista adversos a los que explícitamente mantiene. Esta cualidad está presente en todos los artículos y confiere al libro una unidad particular. La cual pone de manifiesto la superioridad del tipo de filosofía que el autor representa.

ALEJANDRO TOMASINI

E. D. Klemke (ed.), *Essays on Bertrand Russell*. Illini Books Edition, University of Illinois Press, Urbana, Chicago and London, 1971; 458 pp.

Essays on Bertrand Russell es una antología integrada por 26 ensayos en los que se discuten ideas de Russell pertenecientes a tres grandes dominios de la filosofía: la ontología, la filosofía

del lenguaje (teorías de la referencia y el significado) y la filosofía de la ciencia (lógica y matemática). Algunos de los artículos son ya clásicos y han sido editados en otras antologías como, por ejemplo, "On Referring" de Strawson, "Russell's Ontological Development" de Quine y "The Logician Foundation of Mathematics" de Carnap. Algunos de los artículos son, sin embargo, nuevos y fueron escritos expreso para esta antología. De los artículos no publicados previamente hay que destacar, ante todo, la excelente contribución de William J. Winslade "Russell's Theory of Relations". También merecen particular atención la discusión de Chrystine E. Cassin sobre la controversia Russell-Frege, "Russell's Discussion of Meaning and Denotation", el análisis de Herbert Hochberg sobre la polémica Russell-Strawson, "Strawson, Russell and the King of France", y la muy lúcida aportación del compilador, "Logic and Ontology in Russell's Philosophy". Mi propósito en esta reseña es, primero, señalar lo que en mi opinión son algunos méritos y defectos de los cuatro últimos trabajos mencionados y, segundo, hacer ver rápidamente qué problemas generales surgen de las exposiciones. Concluiré con una evaluación crítica del libro, basada, en parte, en las observaciones previas.

Empecemos por el artículo de Winslade. El autor considera seis tesis que constituyen, en su opinión, la teoría russelliana de las relaciones. Las tesis son las siguientes: 1) las relaciones describen rasgos del mundo; 2) las relaciones son irreducibles a propiedades; 3) las relaciones tienen un sentido; 4) las relaciones y el pluralismo son interdependientes; 5) las relaciones son constituyentes de hechos relacionales, y 6) las relaciones no están instanciadas. Winslade rastrea meticulosamente el origen de cada

una de las tesis, lo cual obliga a abarcar un período que se extiende desde *The Principles of Mathematics* hasta *An Inquiry into Meaning and Truth*. El autor expone detalladamente los argumentos de Russell para mantener cada una de dichas tesis y hace ver cómo, a pesar de todo, el sistema resulta incoherente debido a la incompatibilidad de las dos últimas tesis. Pero Winslade también muestra de qué manera Russell, en su fase última, elude el problema (que se plantea a todo tipo de dualismo) de reconciliar mundos tan diferentes como lo son el mundo de los universales y el mundo de los particulares. En el marco de los planteamientos tradicionales el problema no parece tener solución. La "solución" de Russell consistirá, ni más ni menos, en la "supresión" de uno de los mundos y, por raro que pueda parecer, el mundo "eliminado" no es el de las entidades abstractas, sino el de los particulares. Por ello, en *An Inquiry*, Russell propone hablar de las cosas como de "cualidades en compresencia". A pesar de la alta calidad del trabajo, algunos detalles llaman la atención. La exposición de Winslade no es una mera descripción de la génesis de los puntos de vista de Russell, aunque sigue muy de cerca el orden histórico. Pero esta ambivalencia de la exposición (descripción genética/reconstrucción racional) puede confundir. Por ejemplo, Winslade dice que "Russell advanced the thesis that relations are real features of the world in opposition to idealists and other philosophers who either neglected relations altogether or thought that relations were mental entities" (pp. 82-83). Esto es, sin embargo, estrictamente hablando, un error. Tanto la oposición de Russell al monismo como su oposición al monadismo tienen como único objetivo demostrar que las relaciones son algo real,

pero la concepción del modo de ser de las relaciones es muy posterior. Por otra parte, falta, para redondear la presentación del pensamiento de Russell en torno a la cuestión de los universales, la consideración de su posición final. Russell sostiene que es posible, si bien con dificultades, deshacerse inclusive de la asimetría y acepta como único genuino universal a la relación de semejanza. Ahora bien, esto implica cambios considerables en relación a sus puntos de vista anteriores porque, como además Winslade hace ver, algunas de las tesis de Russell se fundan en su tratamiento de las relaciones asimétricas. Hubiera sido asimismo útil tomar en cuenta la declaración de Russell en el sentido de que no se considera a sí mismo ni nominalista ni realista: "...in regard to any suggested universal, I will examine its claims, and shall expect sometimes to admit them, sometimes to reject them" (Schilpp, p. 686). De todos modos, el hecho de que Winslade no haya tomado en consideración la obra final de Russell no impide el que su trabajo sea una de las más claras y fidedignas presentaciones que de la teoría de las relaciones de Russell se han hecho.

Otro artículo interesante es el de Chrystine E. Cassin, cuya meta es la elucidación de la argumentación que aparece en las páginas 48-51 de *Logic and Knowledge*. Cassin hace dos afirmaciones sorprendentes (y falsas): sostiene, en primer lugar, que el argumento de Russell es incomprensible si no se le examina a la luz del aparato conceptual introducido en *The Principles of Mathematics*, y, en segundo lugar, que Russell no pretende criticar la teoría de Frege sobre el significado y la denotación (sentido y referencia), sino su propia teoría expuesta en *The Principles*. La importancia del artículo de Cassin, dejando de

lado la, en ocasiones, sutil exégesis de los textos de Russell, es, empero, más bien negativa; queda eliminada una interpretación de la controversia. En efecto, disponemos de datos que echan por tierra la interpretación de Cassin. El primero se encuentra, precisamente, al final de *The Principles*, en el apéndice A que Russell dedica al estudio crítico de las teorías de Frege. En él, Russell afirma que la teoría rival estudiada, esto es, la de Frege, aunque no incoherente, conduce a un regreso al infinito, y es esta intuición la que subyace a la argumentación desarrollada en "On Denoting". El segundo dato está en *Mysticism and Logic*. Allí, Russell responde a Miss Jones, quien, en *Mind* 1910, defiende a Frege de la crítica de Russell. Este resultado (ie. que Cassin está en un error) es, como dijimos, importante, porque permite no sólo identificar el problema, sino, también, descartar mucho de lo que se ha escrito al respecto (por ejemplo, el artículo de Geach, "Russell on Meaning and Denoting", el cual forma parte de la antología). A pesar de que la tesis central es falsa, Cassin tiene razón en afirmar que el argumento de Russell resulta más fácil de seguir remplazando 'complejo denotativo' por 'concepto denotativo' y teniendo en mente la caracterización que de este último Russell hace.

Puede considerarse que el artículo de H. Hochberg, "Strawson, Russell and the King of France", cierra brillantemente la controversia iniciada con el famoso artículo de Strawson, "On Referring". En efecto, Hochberg claramente muestra que la posición de Strawson es inaceptable. La teoría de Strawson tiene desagradables consecuencias ontológicas y lógicas. Ontológicas porque Strawson se ve obligado a reintroducir las antiguas proposiciones de Russell y Moore bajo el nombre de 'aserciones'; lógicas porque 1)

Strawson introduce una nueva relación (la relación de presuposición) que resulta ser una relación de implicación no analizada y para la cual no hay ni una definición —por ejemplo, en términos de tablas de verdad— ni es posible encontrar un conjunto de axiomas que la rijan; 2) Strawson tiene que abandonar el principio del tercio excluido, y 3) tiene problemas con la generalización existencial, puesto que para él ' $Fa \rightarrow (\exists x) Fx$ ' puede no valer, ya que ' a ' puede no denotar. Por otra parte, Hochberg muestra que la pretendida superioridad de la posición de Strawson, en el sentido de que su "solución" es más acorde al lenguaje ordinario que la de Russell, no resiste un análisis serio. No sólo el abandono de la ley del tercio excluido basta para hacer sospechosa dicha afirmación, sino que además las nociones de presuposición, de aserción y de nombre que no nombra son contrarias a las intuiciones del lenguaje natural. "It is thus not at all clear that the paraphernalia of asserts and presuppositions is any closer to ordinary usage or ordinary language than Russell's solution. (...) For, Strawson's solution involves recognizing a distinction between names that name and names that do not with respect to existential inferences, presuppositions and assertions that are taken as true or false (...). Thus, there is a crucial difference between Strawson's notion of a name and the ordinary concept of a proper name" (p. 320). Hochberg analiza cada una de las objeciones que Strawson eleva en contra de la teoría de las descripciones y no sólo muestra convincentemente que en cada caso los argumentos de Strawson no están lo suficientemente bien establecidos (cosa que Russell ya había someramente indicado en su respuesta), sino que también pone de manifiesto las consecuencias inaceptables que se derivan

de la nueva explicación. Strawson, por ejemplo, se ve obligado a hablar de "verdades conceptuales" cuando la relación de implicación (tal como él la entiende) vale entre aserciones.

Paso al artículo del editor, el cual se concentra en lo que él llama "the main question in the philosophy of logic", a saber, "What is the relationship between logic and ontology?" (p. 416). Klemke hace una muy clara exposición de las tres "respuestas" de Russell, que son, respectivamente, la de *The Principles of Mathematics*, la del período del atomismo lógico y la de *An Inquiry into Meaning and Truth*. En realidad, Klemke no sólo pone al descubierto los "compromisos ontológicos" de Russell, sino que, simultáneamente, expone las diversas concepciones de la naturaleza de la verdad lógica y matemática correspondientes. Klemke señala atinadamente qué problemas surgen en cada uno, de tal manera que se aclara el porqué de la casi obsesiva necesidad de Russell de constantemente alterar sus concepciones. En un punto, sin embargo, me parece que Klemke no hace justicia a Russell. Según él, refiriéndose a lo que Russell pensaba en su período atomista sobre las relaciones entre proposiciones (lingüísticas) y hechos, "An alternative view, that what makes a false positive proposition false is there being *no fact at all* (rather than a negative fact) apparently never occurred to Russell" (p. 425). Es obvio que no se puede decir que dicha posibilidad no fue contemplada por Russell, por lo que la justificación de la tesis de Russell (hay hechos negativos) hay que buscarla en otra parte. Obtenemos la explicación deseada cuando nos percatamos que la posición de Russell está *implicada* por su aceptación de la teoría de la verdad como correspondencia en virtud de la cual lo que hace verdadera o falsa a una proposi-

ción es un hecho, no un hecho o la carencia de un hecho, según el caso y nuestras conveniencias. Lo que Russell hace es ser coherente y, por ello, la crítica en este punto (es decir, no a la teoría de la verdad, sino a sus consecuencias) me parece inválida. Pero exceptuando esta afirmación, el manejo de las ideas de Russell por parte de Klemke es acertado.

En relación a los artículos sobre la ontología de Russell, lo que más sorprende es el silencio que envuelve a uno de sus elementos integrantes: los hechos. Salvo una alusión de Veatch en su artículo "The Philosophy of Logical Atomism: a Realism Manqué", y algunas observaciones de Quine, nadie se ocupa de lo mucho que Russell tiene que decir al respecto. Se habla de particulares y de relaciones, pero éstos cubren tan sólo la mitad de la ontología de Russell. Esta laguna es alarmante pues, por diversas razones, es importante tener presente que Russell mantiene tanto una ontología de "cosas" como una ontología de hechos. Sólo teniendo esto presente se puede efectuar una comparación fructífera entre los atomismos de Russell y de Wittgenstein. Otra crítica que se puede hacer al compilador recae sobre su desafortunada decisión de incluir en su antología el ofensivo artículo de Geach. Éste no sólo revela su incomprensión de la teoría de las descripciones ("The opinion seems to prevail in some quarters that Russell thought, or half thought, that his Theory of Descriptions reduced the entities described to mere 'logical fictions', and that this was why he said descriptions had no 'meaning'. It would be admitted that this involves a gross confusion; but some people are willing to ascribe confusion as gross this to Russell, rather than suspect it is their own" (p. 212). Lo notable es que entre esa gente se encuentra la casi totalidad de

los filósofos que de una manera u otra se han ocupado del tema: Ayer, Urmson, Pears, Chihara, etcétera, por no hablar ya de las afirmaciones explícitas del propio Russell) y de la teoría de *The Principles* (por ejemplo, sostiene que "the general term following 'the' has a concept as its meaning", lo cual es cierto, pero continúa diciendo que "the sentence containing the definite description is in any event analysable as making an assertion about this concept" (p. 211), lo cual es absurdo. Considérese el ejemplo de Russell 'el hombre es mortal'. De acuerdo con él, la proposición no versa sobre el concepto, que es lo que afirma Geach, sino sobre lo denotado por el concepto, esto es, cada uno de los seres humanos del universo), sino que además calumnia a Russell ("It is unfortunate that Russell (...) so often distorts other's thought into his own mould" (p. 212)) y promueve la supresión de la discusión racional en favor del dogmatismo ("readers of 'On Denoting' will find it best to ignore his use of Frege's name" (p. 212)). Es realmente increíble que un escrito como éste haya sido publicado y todavía más el que haya sido reproducido en una antología en honor de Russell. Hay muchos otros artículos que hubiera sido provechoso publicar en su lugar (pienso, por ejemplo, en "The Origins and the Consequences of the Theory of Descriptions" y en "The Scaffolding of Russell's Theory of Descriptions"). Otra cosa que resulta un tanto molesta es que un autor contribuya con más de un solo trabajo. Hay dos artículos de Bergman, dos de Cassin, cinco de Hochberg, dos de Quine y tres de Strawson. Dejando de lado los de Quine y los de Strawson, no cabe duda de que se hubiera logrado una mejor antología si se hubiera reducido el número de aportaciones por parte de quienes contribuyeron a ella, haciendo

así posible la inclusión de artículos de otros filósofos. No obstante, la antología de Klemke viene a llenar el vacío provocado por la escasa cantidad de antologías que hay sobre la filosofía de Russell y constituye por ello un libro que todo estudioso de dicha filosofía encontrará importante y útil.

ALEJANDRO TOMASINI

Gilbert Harman, *The Nature of Morality. An Introduction to Ethics*. Oxf odrUniversity Press, 1977; xiv + 165 pp.

Este libro, cuyo subtítulo reza *Una introducción a la ética*, es un pequeño tratado de temple aristotélico, por su elegante estilo literario, por la forma de elaborar su tesis y por el tipo de teoría que defiende.

Harman mantiene un diálogo constante con Kant y, en verdad, sus observaciones ayudan a entender mejor la teoría ética de éste. Pero, además, Harman sale al paso al emotivista y al nihilista para salvar lo que es salvable en la ética.

La fórmula que Harman propone consiste en mezclar el naturalismo con el convencionalismo, con el relativismo, con el aspecto social, con el carácter *a priori* del discurso, con la psicología y con una teoría de la inferencia. Su posición es compleja aunque tenga una apariencia simple.

Harman carece de argumentos contundentes, pero tiene razonamientos, sugerencias importantes, diálogo persuasivo, deseo de convencer pero no de obligar a creer. Esto provoca una doble reacción: por una parte, sentimos que el texto es insuficiente, que no toca los aspectos importantes; por la otra, se advierte

la novedad y la propiedad o adecuación al asunto.

Esta obra representa la consolidación de una nueva —aun cuando vieja— tendencia que consiste en abandonar el exclusivismo y la obsesión con las cuestiones de meta-ética —las cuestiones puras, como la significación de las palabras morales, por ejemplo— y dirigirse a las cuestiones vitales, que son las que nos importan crucialmente.

Harman trata de elucidar el ejercicio moral desde la perspectiva de un observador ideal y se aplica a resolver casos extremos. Por ejemplo, está el caso de Hitler, a quien generalmente se considera un monstruo moral de nuestra época. ¿Qué decir filosóficamente de él?

La teoría de Kant nos conmina a condenarlo, toda vez que la conducta de ese político viola el conjunto de principios racionales que tenemos. Harman rechaza que haya un único conjunto de principios que definen la racionalidad: hay convenciones sociales múltiples que dan vida a un “debes hacer X”, o bien, lo privan de toda fuerza.

La teoría emotivista —de la que Harman hace un esclarecedor análisis— sugiere que sólo hay aprobación o desaprobación. Harman piensa que hay una instancia más general: la de un observador ideal que expresa el punto de vista ordinario.

Pero, entonces, ¿fue bueno o malo lo que Hitler, o Stalin, hicieron con sus “enemigos”? Harman no acepta que haya una respuesta única y absoluta. Sólo es posible condenar como “malo” a quien comparte nuestros principios. Como en estos casos tal cosa es muy improbable, tenemos que refrenar nuestro juicio moral.

¿Quiere decir esto que no hay objetividad? La hay, dice Harman, cuando las razones que impulsan la acción de una